

El imperativo social y político de la memoria

The social and political imperative of memory

Jefferson Jaramillo Marín*

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

Resumen

El artículo propone tres interpretaciones, distintas y complementarias, sobre el concepto de memoria. La primera la presenta como un marco colectivo que permite la cohesión social. La segunda enfatiza su condición de dispositivo cultural para pensar el presente. La tercera la muestra en cuanto campo de disputa y resistencia política. La discusión se enmarca dentro de la tradición clásica y contemporánea de los estudios sociales e históricos sobre la memoria.

Palabras clave: memoria, historia, sociología de la memoria, luchas memoriales.

Abstract

This paper proposes three different and complementary readings on the notion of memory. The first presents it as a collective framework that allows social cohesion. The second emphasizes its status as a cultural device for thinking the present. The third shows it as a field of contention and political resistance. The discussion is framed within the classical tradition and contemporary social and historical studies on memory.

Key words: social studies of memory, memory and history, sociology of memory, memorial struggles.

Introducción

Si algo caracteriza nuestra época, es una constante invasión del presente por los recuerdos y olvidos de los pasados recientes. Algunos denominan este fenómeno como “presentismo” (Hartog, 2003), otros como “boom memorialístico” (Huysen, 2002), hay quienes lo llaman “bulimia conmemorativa” (Nora, 2008) o “ideologización de la memoria” (Ben-soussan, 1998). Más allá del nombre que le queramos dar a este momento y de que estos pasados sean violentos o no, esto parece ser síntoma de una “situación de época” en la que la memoria, aquel depósito de huellas

Artículo de investigación científica.

Recibido: octubre 17 del 2009. Aprobado: diciembre 14 del 2009.

- * Sociólogo y magíster en Filosofía Política por la Universidad del Valle, Cali, Colombia. Profesor asistente del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Candidato a doctor en Investigación en Ciencias Sociales, FLACSO, México. Becario del Conacyt. jefferson.jaramillo@flacso.edu.mx

vivas dejadas por los acontecimientos que han afectado el curso histórico y biográfico de individuos y grupos (Ricoeur, 1999), adquiere una relevancia notoria en la comprensión del presente.

Frente a este fenómeno, este artículo propone tres aproximaciones conceptuales sobre la noción de memoria, interpretaciones que, si bien son diferentes, también se complementan. La primera lectura nos acerca a un clásico de los estudios sociales de la memoria, Maurice Halbwachs, en cuanto referente teórico imprescindible para comprender el carácter vinculante del recuerdo, en particular, su condición de cemento social. La segunda lectura nos ubica más allá del planteamiento de la primera, en el terreno de la memoria como dispositivo cultural e histórico, que permite explicar el sentido del recuerdo en el presente y la transformación de las relaciones entre pasado, presente y futuro. La tercera nos conduce a una mirada política de la memoria, desde el análisis de la función y usos políticos del recuerdo y del olvido dentro de un campo social de luchas.

En el primer caso, el artículo lo que pretende mostrar es la pertinencia analítica de Halbwachs en relación con la densidad moral que otorga la reconstrucción del recuerdo colectivo para garantizar la cohesión social de una sociedad. La lectura de este autor se matiza con críticos y defensores de sus planteamientos hasta el día de hoy. En el segundo caso se pretende problematizar el presentismo memorial, especialmente la ideologización memorial, así como la emergencia del giro cultural y político hacia el pasado. En el tercer caso se busca trascender la mirada de la memoria como dispositivo de cohesión social, especialmente en el momento de pensar contextos con pasados recientes de violencia, donde la producción y reproducción de memorias son escenarios de disputa política, lucha, litigio, negociación asimétrica y, sobre todo, lugar de denuncia y resistencia.

La reflexión propuesta en este artículo es eminentemente teórica y pretende concentrarse en los planteamientos analíticos condensados por algunos pensadores clásicos y contemporáneos que considero relevantes en estas temáticas, dentro de los llamados estudios sociales e históricos de la memoria. De todas formas, la discusión es motivada por una preocupación empírica, en el marco de la tesis doctoral del autor, por comprender cómo se producen y reproducen las políticas hacia el pasado en Colombia; cómo se convierte el pasado en dispositivo de construcción narrativa, en tecnología de tramitación de las violencias y en objeto de análisis para el experto, y en qué sentido el pasado es instrumento emblemático de acción institucional o escenario de lucha de diversos sectores sociales frente a demandas de reparación, justicia y verdad.

1. El recuerdo colectivo como “cemento” de la sociedad

Marie-Claire Lavabre (2007), a propósito del éxito de la noción de memoria en Francia y otros lugares del mundo, sugiere que leer a Halbwachs hoy, en particular su texto *La mémoire collective*, de 1950, facilitaría pensar con mayor profundidad “las condiciones sociales de

producción del recuerdo y el olvido, así como las interacciones dinámicas entre pasado y presente, entre individuos y grupos, entre experiencias vividas o transmitidas y usos sociales de la historia” (2007, p. 12). Si bien se comparte plenamente esta perspectiva con la autora, el artículo propone de entrada que la potencia analítica de este clásico está precisamente en la idea del recuerdo colectivo como cemento de la sociedad.

Maurice Halbwachs (1898-1945) fue uno de los discípulos notables del sociólogo Émile Durkheim (1858-1916) y del filósofo Henri Bergson (1859-1941). Durante su corta pero próspera carrera académica en las universidades de Estrasburgo y La Sorbona, estableció intercambios científicos con contemporáneos destacados como Charles Blondel, Marc Bloch, Lucien Febvre, François Simiand y Marcel Mauss, entre otros. Su vida terminó trágicamente en el campo de concentración de Buchenwald, al que había sido deportado luego de ser arrestado por la Gestapo¹. Hoy es reconocido como una mente incitadora, curiosa y sistemática, que aportó como ningún otro a la teoría de los marcos sociales de la memoria (1925) y al concepto de memoria colectiva (1950)².

El aporte sociológico de Halbwachs, pese a su originalidad, debe mucho al pensamiento clásico del momento que buscaba encontrar las fuentes sociales de la cohesión de las sociedades modernas. En este sentido, es un deudor directo de Durkheim, quien explicó notablemente en la *División del trabajo social* (de 1893), que la moral y el derecho, entre otros mecanismos sociales, constituyen vínculos normativos fuertes y son fuente de solidaridad en tiempos de crisis institucional. Durkheim es una de las primeras voces que de manera sistemática realiza un diagnóstico sociológico del presente de las sociedades europeas decimonónicas como escenarios de sacralización y promoción del individualismo, la anomia, el egoísmo y la ruptura de los lazos comunes (Durkheim, 2007; Girola, 2005).

En la misma dirección apunta Halbwachs, dado que comparte la tesis del individualismo creciente en las sociedades modernas y la visión de que este proceso irreversible cambia radicalmente la relación, ya de por sí compleja, entre individuo y sociedad. Las sociedades modernas, en la medida que tienden a la diferenciación funcional, también conllevan el debilitamiento de la conciencia colectiva y al desgaste paulatino de la densidad moral de las tradiciones y de los valores. Aun así, el énfasis puesto por Durkheim en la moral y el derecho en cuanto antídotos de la anomia y la desintegración cede su lugar, en Halbwachs, a la memoria colectiva como hecho social cohesionador.

-
1. Para ampliar esto, se recomienda leer Bourdieu (1987) y Semprún (1995).
 2. También aportó en otros campos, como en la comprensión de la clase obrera y los hábitos del consumo; las causas del suicidio; los estudios sociológicos sobre la ciudad, especialmente en la comprensión del mercado de la vivienda en Francia. Para ampliar, se recomienda el monográfico de la revista *Anthropos*, n.º 218.

Y aunque Halbwachs estudie también la memoria desde la filosofía, a partir de la influencia de Bergson, y como fenómeno psicológico y social, al entrar en diálogo con Freud y con Butler, es innegable el peso de la tradición durkheimiana en su obra. Podría decirse que en su obra se observa un permanente “alejamiento y proximidad con el *habitus* durkheimiano” (Farfán, 2008, p. 59). Esto permite entender, por ejemplo, que en algún momento la utilización de nociones como “marco social” o de “cuadro” le lleve a tomar distancia de Durkheim y a mostrar que la memoria es algo más que una forma de “representación colectiva”, o “la condición espacio-temporal de toda representación [que tiene que ver con la memoria] como acto relacionado con el pasado de un grupo social” (Farfán, 2008, p. 59). Pero ese mismo “*habitus*” sugiere que su mentor intelectual está siempre latente en su obra, “en virtud del concepto de representaciones colectivas [que lleva a que] la memoria [sea] una realidad social analizable preferentemente desde la propia perspectiva sociológica” (Larrión, 2008, p. 70).

Ahora bien, dos de las categorías centrales de su propuesta que nos interesa destacar aquí son las de “marcos sociales de la memoria” y “memoria colectiva”. A partir de ellas, es posible sostener que Halbwachs busca explicar la articulación de la memoria a una conciencia social que nunca está encerrada en sí misma, que no recuerda aisladamente, que no se aparta de los marcos sociales donde se gesta y madura el recuerdo. Todo ello le otorga densidad moral al recuerdo en épocas de incertidumbre y deshumanización. De todas formas, cada una de ellas amerita una reflexión aparte.

Con la noción de “marcos sociales de la memoria” hay, en su momento, una especie de búsqueda de “deber de la memoria”, especialmente en “contextos marcados por la destrucción de la tradición en nombre de las fuerzas del progreso que trae la modernidad de la guerra y de la violencia” (Farfán, 2008, p. 56). Ese deber de la memoria, asociado hoy por muchos a una especie de “conciencia global humanitaria” en escenarios de aplicación de justicia transicional³, permite que Halbwachs asuma para su época una especie de imperativo para las sociedades europeas: reconstituir la fuerza moral del pasado en el presente, demostrando el enorme potencial social e histórico del recuerdo, no como simple retorno “lastimero”, sino como “continuum” entre lo que encierra una época pasada y la gran cantidad de experiencias y acontecimientos valiosos del presente. Aun así, es preciso reconocer que ese mismo deber memorial genera ambigüedad: ¿qué pasado se reconstruye? y ¿por qué razones se reprimen ciertos acontecimientos? La motivación de esta ambigüedad obedece a varias razones, no todas estrictamente sociológicas, según algunos de sus críticos.

3. Una reflexión sobre las implicaciones políticas y jurídicas de este deber de la memoria y su correlato directo, el deber de olvido, lo encontramos de forma interesante en el texto de Orozco (2009).

El libro principal donde aborda el tema, *Les cadres sociaux de la mémoire*, tiene tras de sí la experiencia imborrable de la Gran Guerra (1914-1918), que marcó varias generaciones en Europa, incluido Durkheim mismo, quien perdió a su hijo y a varios de sus discípulos en ella. En ese sentido, pese a la importancia y singularidad de la guerra, el trauma y el duelo, “destaca en él un silencio represivo sobre la experiencia de la guerra y la creación de un proyecto en el que toma como objeto una memoria colectiva en detrimento de una memoria individual, la suya propia” (Nora, 2003, citado por Farfán, 2008, p. 57). No sería erróneo afirmar, entonces, que *Los marcos sociales de la memoria* sería “un libro fundado en la represión de un hecho traumático que conduce al olvido de un pasado que puede perturbar” (Becker, 2003, citado por Farfán, 2008, p. 58). A esto se podría añadir que la visión extremadamente clásica que Halbwachs tiene de marcos sociales como la familia, la religión y la clase social, mediante los cuales se busca reforzar la pertenencia social, la conciencia nacional, la identidad de lo porvenir, desdibuja cualquier mención de “la relación entre memoria y sufrimiento o trauma” (Jelin, 2002a, p. 21).

En este libro, Halbwachs se interesa por estudiar la relación entre el sueño y la memoria, y por entrar en diálogo con el psicoanálisis y la filosofía. Pero este interés derivó rápidamente en trascender el marco explicativo netamente psíquico de “cómo se conserva el recuerdo en los individuos” —aquí hay toda una controversia con Bergson (véase Namer, 2004)— para mostrar que “las diversas memorias se entrecruzan y se prestan recíproco apoyo” (Halbwachs, 2004, p. 10). Es plausible entonces reconocer que “*Les cadres sociaux de la mémoire* no pone en entredicho la memoria como función psíquica; en cambio, opone a los mecanismos mentales individuales el terreno de la sociología y lo colectivo” (2007, p. 8). Todo ello es explicable, en cuanto la pretensión de Halbwachs en su época era introducir la reflexión sobre el recuerdo en el registro sociológico más importante en su momento: el durkheimismo. Aunque esto lo convierte en blanco de serios cuestionamientos.

En esa medida, hay algo realmente detonante —sociológicamente hablando— en la reflexión teórica propuesta en este libro: la idea del recuerdo social como fundamento de la cohesión social. Para Halbwachs, aunque los que recuerdan, en sentido estricto, son los individuos, el recuerdo en cuanto “hecho social” sólo es posible comprenderlo y reconocerlo en sociedad, es decir, “es en sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, es allí donde los evoca, los reconoce y los localiza” (Halbwachs, 2004, p. 8). De esta forma entiende que “los grupos de los que [el individuo] forma parte [son los que] ofrecen en cada momento los medios de reconstruirlos, siempre y cuando se acerque a ellos y adopte, al menos temporalmente, sus modos de pensar” (2004, p. 9). En consonancia con ello pervive la influencia colectivista de Durkheim, dado que la memoria no surge “sólo de las vivencias individuales sino que siempre se forja también en relación con unos marcos sociales más amplios, estables y estructurados” (Larrión, 2008, p. 70).

Los marcos colectivos de la memoria serían desde esta perspectiva el “resultado, la suma, la combinación de los recuerdos individuales de muchos miembros de una misma sociedad” (Halbwachs, 2004, p. 10). Cumplirían además la función de dispositivos morales, de cajas condensadoras y resonantes, de cuadros histórico-sociales, que ayudarían a “clasificar y ordenar los recuerdos de los unos en relación con los de los otros” (2004, p. 10) y, especialmente, a “reconstruir el pasado desde el presente”. Esto último es clave, dado que el recuerdo no se conserva per se, sino que más bien se reconstruye a partir del presente, con la ayuda de datos tomados del presente; aunque también reconoce Halbwachs que contribuyen a esto “otras reconstrucciones realizadas en épocas anteriores” (Halbwachs, 2005, p. 71). Lo que importa aquí es que este recuerdo está en función de las representaciones y visiones de mundo que les facilitan a los grupos afincarse en su aquí y ahora. Éste será un punto de distanciamiento con su primer maestro, Bergson, ya que éste enfatizaba “en la pervivencia del pasado en el presente, mientras que Halbwachs insistiría en que el presente reconstruye permanentemente la memoria del pasado” (Aguilar, 1996, p. 37)⁴.

No debe deducirse de lo anterior la percepción de que dichos marcos son simples “moldes” o “aparatos” donde se reciclan y juntan uno a uno los recuerdos individuales, sino, más bien, “instrumentos que la memoria colectiva utiliza para reconstruir una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad” (Halbwachs, 2004, p. 10). Es decir, los marcos colectivos remiten a experiencias y procesos más amplios que trascienden al sujeto mismo. Precisamente, en su libro *La memoria colectiva* reforzará esta idea al decirnos que nuestros recuerdos son colectivos, “en cuanto son los demás quienes nos los recuerdan, a pesar de que se trata de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos, y objetos que hemos visto nosotros solos” (Halbwachs, 2005, p. 26). Además, el proceso de reconstrucción del pasado no es simplemente acumulativo, uno en el que pieza por pieza llegan las imágenes de ese pasado y se suman en los individuos o grupos para ser luego expulsadas a través de los relatos. Esa reconstrucción “debe realizarse a partir de datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en

4. Esta polémica entre unos y otros es clásica entre historiadores y sociólogos. Paloma Aguilar la resume en una lucha entre “taxidermistas” y “presentistas” (1996, pp. 42-46). De todas formas, el mismo Halbwachs, dados sus conocimientos psicoanalíticos, aceptará que hay algo del pasado que permanece impreso en nuestras mentes, en eso que él denomina bellamente “la galería subterránea de nuestro pensamiento” (qué otra cosa si no el inconsciente). El asunto es que no pervive como imágenes hechas sino como “indicios” para reconstruir determinadas partes de nuestro pasado, complejas, grises, confusas. Son esas “zonas grises” de la memoria, tan importantes luego para la aproximación al trauma y al sufrimiento, aunque estos aspectos no son contemplados por Halbwachs (véase Halbwachs, 2005, pp. 76-77).

la de los demás [...], que han formado parte y siguen formando parte de una misma sociedad” (Halbwachs, 2005, p. 34).

La perspectiva de Halbwachs permite comprender que el recuerdo tiene la función social de adhesión moral, pero también la función de posicionamiento histórico. El recuerdo nos pone en sintonía con nuestro mundo y el de los otros, nos devuelve a toda una época y a sus rasgos, pero siempre nos trae nuevamente a las situaciones presentes. El recuerdo es un vehículo de evocaciones, de huellas, de trazos, de marcas, está hecho de testimonios y representaciones. El recuerdo permite retocar y completar nuestro retrato autobiográfico en el mundo, pero también el retrato cultural de una época. Además, adquiere sentido dentro de marcos condensadores y resonantes colectivos, los cuales hacen posible que nos encontremos y necesitemos de los otros para hacer que ellos eclosionen socialmente. Son estos marcos, y quienes los integran, los que otorgan densidad moral e histórica a las impresiones de infancia, de adolescencia, de adultez; son ellos los que garantizan que las imágenes y evocaciones que nos vienen de un pasado lejano o reciente estén atadas a las trayectorias de nuestras familias y grupos de referencia:

[...] los recuerdos, en circunstancias que reproducen simples estados afectivos (son por lo demás los más raros, y los menos nítidamente localizados), pero sobre todo cuando reflejan los acontecimientos de nuestra vida, no nos ponen solamente en relación con nuestro pasado, sino que nos relacionan con una época, nos reubican en un estado de la sociedad en donde existen, alrededor de nosotros, muchos otros vestigios que aquellos que descubrimos en nosotros mismos. (Halbwachs, 2004, p. 35)

A lo anterior se añade que en el análisis que Halbwachs realiza sobre el recuerdo está presente siempre la idea de que existe una relación de fidelidad de la sociedad por su memoria, o, en sus palabras, “una relación con una sociedad de hombres que pueda garantizar la fidelidad de nuestra memoria” (2004, p. 36). Y esto tiene varias consecuencias. Por una parte, no basta acumular el recuerdo individualmente. Para Halbwachs, el recuerdo, por más íntimo que sea, está localizado socialmente, está territorializado, es además un rompecabezas humano que se hace y deshace socialmente. Somos nosotros, sujetos situados históricamente, los que le damos forma, lo nombramos, lo reflexionamos, lo resignificamos, en cuanto miembros de una sociedad concreta.

Además, la memoria de una sociedad necesita marcos sociales que trasciendan la “eclosión de una experiencia vivida por el individuo en su pasado más propio y singular, [y se ubique] en la específica reconstrucción que desde cada grupo social se haría de ese pasado en común” (Larrión, 2008, p. 70). Es decir, la experiencia individual del recuerdo, por más valioso, singular, auténtico que sea, debe trascender a un espacio de conjugación de los recuerdos, en cuanto sensaciones y experiencias intersubjetivas en el mundo de la vida. Ese espacio no es otro que aquel que

permite ordenar el sentido del pasado en función de las representaciones y visiones del mundo compartidas. Es decir, por más mitificado que sea el recuerdo para unos u otros, retorna para “justificar representaciones sociales presentes” (Lavabre, 2007, p. 8).

De igual forma, ese pasado no se conserva únicamente en las mentes de los individuos, sino que se reconstruye dentro de marcos históricos que trascienden a los sujetos, dentro de acumulados culturales y políticos, referentes comunitarios y afectivos, donde el individuo, como algo nuclear y aislado, es sólo una mera ficción. Y donde todo aquello que no encuentra lugar o sentido dentro de esos cuadros sociales termina siendo material para el olvido (Namer, 2004). Vale entonces anotar que, en la medida en que para Halbwachs recordar “es reforzar el vínculo social, el olvido se explica como escisión del grupo de referencia” (Aguilar, 1996, p. 40). Es decir que la duración de un recuerdo en nuestras vidas dependerá de la duración del grupo o de la vinculación con él; si alguno de éstos deja de existir, sobreviene el deterioro de la memoria de esas vivencias: “la memoria de una sociedad se extiende hasta donde puede, es decir, hasta donde alcanza la memoria de los grupos que la componen” (Halbwachs, 2005, p. 84).

Pero es crucial anotar aquí que estos marcos sociales de la memoria están compuestos de una serie de dimensiones que hacen que los recuerdos pervivan en la sociedad y no sean presas fáciles de descomposición. Básicamente, son de tres tipos: temporales, espaciales y lingüísticos. La temporalidad hace que el recuerdo se vincule con una cronología concreta de la biografía generacional de los individuos, por ejemplo, la infancia, la juventud y la vejez. Incluso la temporalidad permite reconocer que los recuerdos tienen también su momento, que emergen para expresar algún sentido a la vida del sujeto (Halbwachs, 2005, p. 63). Además, recordemos que este autor, al igual que lo hacen otros pensadores como José Ortega y Gasset, Wilhem Dilthey, Karl Mannheim, entre otros, insiste en la importancia decisiva del carácter generacional, de la “interacción intergeneracional”, de sus efectos en la memoria colectiva, incluso de las dificultades que genera para el historiador (Aróstegui, 2004). Igual que en ellos, en Halbwachs la generación, más que un factor puramente biológico o mental, es una experiencia crono-humana situada histórica y socialmente (véase Aguilar, 1996).

Por su parte, lo espacial conduce a que los recuerdos se afinquen, se sedimenten en lugares y territorios específicos. La memoria de esos recuerdos no es aislada, ni suelta, sino localizada. Finalmente, lo lingüístico conduce a pensar el recuerdo en cuanto realidad comunicativa significativa, asociada a un idioma o a unas expresiones culturales específicas, situadas en el tiempo histórico y en el espacio social de una época o una cultura. Todo lo anterior no reduce ni encierra los marcos de la memoria en estructuras rígidas. Podría dar esa impresión por lo expuesto arriba. Aun así, la propuesta de Halbwachs lleva a considerar dichos marcos como esquemas abiertos, cambiantes y dinámicos, lo que

posibilita que los recuerdos logren sedimentarse socialmente en los ámbitos generacional, espacial y cultural, pero que siempre sigan vivos. Ellos son, resumiendo todo lo dicho hasta aquí, “corrientes de pensamiento y experiencia”, y por eso insiste tanto Halbwachs en que no se reduzcan “a fechas, nombres y fórmulas” (Halbwachs, 2005, p. 66).

El aporte sociológico de Halbwachs sobre el recuerdo como cemento de lo social es innegable; no obstante, una categoría que hasta nuestros días resuena y no deja de ser problemática es la de “memoria colectiva”. Este concepto es abordado en el texto del año 1925, pero ampliado y reforzado en *La mémoire collective*. En esta obra se concentra en varios temas que están ya presentes también en *Les cadres...*, por ejemplo, la relación simbiótica entre lo individual, lo colectivo, lo temporal y lo histórico. Es claro el énfasis en la tesis de que los individuos participan de dos memorias: una individual y colectiva. La primera estaría situada en el marco de la personalidad o de la vida interior de los sujetos. La segunda, en el cuadro de un grupo que le permite evocar y mantener recuerdos impersonales. En la medida en que cada grupo se divide y se afiance en el tiempo, habría varias memorias colectivas.

Las dos memorias se conjugan, pero no se confunden. Así, la memoria individual nunca está completamente aislada y cerrada, y, en ese sentido, la memoria colectiva termina envolviéndola pero sin anularla. El funcionamiento de la memoria individual necesita de vehículos como las palabras y las ideas, que son individuales, pero que, en el fondo, son generadas también en el entorno. De esta manera, lo individual es subsidiario de lo colectivo. Los individuos, si bien serían portadores de experiencias únicas, son también “bagaje de recuerdos históricos y tradiciones” que dejan una “profunda huella” sobre ellos (Halbwachs, 2005, p. 54). Si el individuo quisiera reconstituir el recuerdo de algún acontecimiento, debería entonces recuperar las representaciones y reproducciones de éste dentro del grupo social del que hace parte.

A la anterior clasificación, Halbwachs añade otra que, en estricto sentido, amplía pero también hace más complejo el debate, lo que le genera duras críticas. Por ejemplo, habla de memoria interior o autobiográfica y memoria exterior o histórica. De nuevo, la primera se apoya en la segunda, dado que la primera es íntima y la segunda es general. Sin embargo, es consciente de que la histórica termina siendo más resumida en la visión de la vida que nos ofrece, mientras que la autobiográfica se caracteriza por generarnos “una representación mucho más continua y densa de nuestra vida” (Halbwachs, 2005, p. 55).

La memoria histórica se puede incrementar y modificar mediante lecturas y otros medios, pero dependerá siempre de la memoria de los demás. Esta memoria deberá entenderse como “la serie de hechos cuyo recuerdo conserva la historia nacional” (Halbwachs, 2005, p. 79). Si bien es innegable la existencia de una historia nacional que conserva, clasifica y recopila los hechos que han ocupado la memoria de los hombres, la memoria colectiva no es una memoria nacional, ya que, para que ésta exista,

debería un acontecimiento haber tocado a toda la nación y a cada uno de los individuos, y esto es demasiado raro, por no decir escaso. La memoria colectiva se forma dentro de grupos más pequeños que la nación, pero “cuya memoria y transformaciones repercuten mucho más directamente en la vida y el pensamiento de sus miembros” (Halbwachs, 2005, p. 79). En este sentido, Halbwachs es del parecer de que la nación está alejada de la memoria individual y colectiva, en cuanto lo que pasa en la nación sólo llega a ser parte realmente de nosotros hasta mucho tiempo después de haberse producido, y en el momento en que lo hace, toma su lugar en la historia nacional. Mucho menos se podría hablar de memoria universal, dado que “toda memoria colectiva tiene como soporte un grupo limitado en el espacio y en el tiempo” (Halbwachs, 2005, p. 85).

Pero, aunque Halbwachs introduce en su reflexión la noción de memoria histórica, también considera que la expresión “no es muy afortunada, ya que asocia dos términos que se oponen en más de un aspecto” (Halbwachs, 2005, p. 80). Y es aquí donde emerge entonces su célebre distinción entre memoria e historia. Halbwachs reconoce de entrada que ambas tienen que ver con el pasado y con su recuperación en el presente. Aun así, asume que la naturaleza de la representación cambia en cada una de ellas. Mientras que la memoria vivencia el pasado, la historia lo racionaliza. La historia comienza allí donde la memoria colectiva ha comenzado a apagarse. Para la memoria, el pasado se extiende en el presente como sentido; para la historia, el pasado se reproduce al nivel de dato. La historia es *una*, las memorias son *múltiples*; la primera es un “cuadro de cambios”, las segundas se concentran en las “similitudes”; la historia es “lápida” del tiempo, la memoria es “marco vivo del pasado”. Además, “nuestra memoria no se basa en la historia aprendida, sino en la historia vivida” (Halbwachs, 2005, p. 60), y la historia termina siendo el “epitafio de los hechos pasados, como un cementerio donde el espacio está limitado, y donde hay que volver a encontrar constantemente sitio para nuevas tumbas” (Halbwachs, 2005, p. 54)⁵.

La influencia de Halbwachs penetra en la obra de Paul Ricoeur, quien dirá en algún momento que la memoria busca la fidelidad, mientras que la historia persigue la verdad (Ricoeur, 2007), o hasta en Pierre Nora, quien asumirá que la historia tiende a la inteligibilidad del pasado, y, por tanto, es crítica, mientras que la memoria remite a las formas de la presencia del pasado que aseguran la identidad, y, por tanto, es totémica (Nora, citado

5. Un problema central que genera esta visión de Halbwachs es que, dado que la “historia comienza en el punto donde termina la tradición viva” (Halbwachs, 2005, p. 80), es imposible entonces, desde su perspectiva, pensar en una historia del tiempo presente. Y si ésta es posible, quedaría reservada sólo a la memoria que es historia viva. Desde esta perspectiva positivista, como ha dicho Nora, la historia expulsa al presente, se concentra en el hecho consumado, no en la acción histórica que sucede constitutivamente siempre como un presente. A propósito de las implicaciones de la historia del tiempo presente o historia reciente, se puede consultar el trabajo de Aróstegui (2004) y el de Franco y Levín (2007).

por Lavabre, 2007)⁶. Aun así, estos dos autores se distancian del sociólogo francés. Ricoeur le criticará específicamente su visión reificada de la memoria y de la historia. La memoria no es sólo un dato, sino un “conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados” (Ricoeur, 1999, p. 19). Además, la historia, al igual que la memoria, termina siendo múltiple, y aunque busca la verdad, no debe olvidarse que la verdad fáctica no es el único criterio de validez. Nora (1998), a contracorriente de Halbwachs, hablará de la importancia de las memorias nacionales como aquellos escenarios donde se solidifican el patrimonio y la identidad de una nación. Esta memoria nacional será condensada y vehiculada a través de los llamados *lieux de mémoire*.

Sin embargo, las principales críticas a Halbwachs se refieren a su noción de memoria colectiva. La mayoría apuntan a su extremo positivismo de herencia durkheimiana. Así, Roger Bastide considera que esta tradición es la causa de que Halbwachs no logre apartarse “de una conciencia colectiva exterior y superior a los individuos” (Bastide, 1970, citado por Lavabre, 2007, p. 11). La misma crítica le hará Marc Bloch, quien en 1925 realiza una larga reseña de su obra *Les cadres sociaux de la mémoire*, sentenciando que este autor, “inducido por el vocabulario durkheimiano [...], no logra explicar lo suficiente, los mecanismos concretos que permiten trasladar ‘simples hechos de la comunicación cotidiana’ al nombre de ‘memoria colectiva’” (Bloch, 1925, citado por Lavabre, 2008, pp. 9-10).

Para cerrar —y sin negar la validez de estas críticas que se sustentan sobre una fuerte evidencia en la obra de Halbwachs, su excesivo durkheimismo—, es importante recuperar varios elementos conclusivos que permitan ponderar el aporte decisivo del autor a una sociología de la memoria dentro de marcos sociales. En primer lugar, la visión de Halbwachs tiene serios problemas si “sólo se la entiende como algo con entidad propia, como entidad reificada que existe por encima y separada de los individuos” (Jelin, 2002a, p. 22). Sin embargo, el concepto se vuelve potente si se comprende que las memorias colectivas no son estáticas, ni tampoco se reducen a ser datos crudos, sino que “se construyen y cobran sentido en cuadros sociales cargados de valores y necesidades sociales enmarcadas en visiones del mundo” (Jelin, 2002a, p. 23).

En segundo lugar, la categoría de *memoria colectiva* es y seguirá siendo, desde Halbwachs, “esencialmente polisémica y destinada a seguir siéndolo” (Lavabre, 2007, p. 12). Y es ese carácter polisémico el que ha conducido a que después de Halbwachs muchos utilicen diversidad de términos para nombrarla (histórica, social, pública, dominante). Pero la multiplicidad de significados no impide que se pueda reconocer

6. Tras el giro lingüístico e interpretativo en la ciencia social, emerge también la idea de la crisis de inteligibilidad del relato histórico. Una buena síntesis sobre las implicaciones de este giro para las ciencias sociales en general se encuentra en Hunt y Bonnel (1999). Para comprender sus alcances en el ámbito histórico, resulta ilustrativo el texto de Allier (2008b).

de forma concreta que el principal legado sociológico de Halbwachs está precisamente en haber logrado “simplificar” y “abstraer” mediante ese término una pluralidad de memorias que se encuentran en una sociedad dada (véase Aguilar, 1996). Finalmente, en este concepto de memoria colectiva está más o menos implícita la idea de que la construcción y recuperación de un pasado en el presente, sea éste grato o violento, es parte de un esfuerzo y una responsabilidad compartidos. No es un esfuerzo aislado y no tiene por qué serlo. Y eso es lo que hace que de nuevo retornemos a la lectura de este clásico.

2. La memoria y el “presentismo” como síntoma de época

Halbwachs aportó decididamente a la comprensión de la función integradora de la memoria y el recuerdo colectivos. Sin embargo, la preocupación por el estudio social e histórico de la memoria, así como la comprensión de su función y sentido dentro de las sociedades contemporáneas va mucho más allá del momento que le tocó vivir y sufrir al sociólogo francés. Hay que decir que el estudio de la memoria adquiere notoriedad y alcances significativos, tanto académicos como políticos, a finales de la década de los años setenta del siglo xx, especialmente en Francia. Antes de esa fecha, según el historiador Enzo Traverso (2002), la palabra *memoria* estuvo ausente del debate intelectual⁷. En el momento de su emergencia “académica”, el mundo se encuentra atravesado por enormes mutaciones sociales e históricas, cruciales para las sociedades europeas del Este y del Oeste, que, incapaces de sostenerse en sus historias nacionales resquebrajadas por las dos guerras mundiales, la crisis del Estado de bienestar, la erosión del socialismo y el desgaste de los grandes metarrelatos históricos como el marxismo, comienzan también a reabrir el baúl de sus memorias reprimidas o silenciadas.

En este escenario, Pierre Nora, Jacques Le Goff, Paul Veyne, Michel de Certeau, Roger Chartier y muchos más respaldan ese gran proyecto francés de la “nueva historia”. Este proyecto se caracteriza por la emergencia de la relativización del conocimiento histórico, la crisis de inteligibilidad del relato histórico y la preocupación por la memoria en cuanto un objeto más de la historia cultural y social (véase Lavabre, 2007; Allier, 2008b). La reflexión sobre la memoria se traslada entonces de la sociología a la historia, específicamente, a aquella que cuestiona y comienza a “abandonar los ‘tiempos fuertes’ por una memoria cotidiana-

7. Según Traverso (2007), el término *memoria* no aparece en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, publicada en Nueva York en 1968, ni en la obra colectiva *Faire de l'histoire* (1974), dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora, y tampoco aparece en el *Vocabulary of Culture and Society* (1976) de Raymond Williams, uno de los pioneros de la historia cultural. Aun así, pocos años después, el concepto hará emergencia rápidamente en la literatura historiográfica. Para una ampliación del tema, véase también Ruiz (2007).

na de las ‘pequeñas gentes’: pueblos, mujeres, inmigrantes, marginales” (Allier, 2008b, pp. 170-171).

Un papel protagónico va a tener Pierre Nora, quien acuña la célebre noción de *lugar de memoria* para designar los lugares donde se cristaliza y se refugia la memoria colectiva. En sus propias palabras, con esta “noción abstracta, puramente simbólica, se buscaba desentrañar la dimensión rememorativa de los objetos materiales e inmateriales [...], [se buscaba] explorar un sistema simbólico [...], la construcción de un modelo de representaciones” (Nora, 1998, p. 32). Lo interesante es que, si bien recupera a Halbwachs, enfatizando en el carácter social y espacial de esos modelos de representación, su discusión toma “la forma de un vuelco de lo histórico hacia lo memorial” (Nora, 2008, p. 185). Su interés se orienta, en suma, a “hacer la historia de la memoria” (Allier, 2008a, p. 89), y ayudar en la “tipificación de un estilo de relación con el pasado, colocando en evidencia una organización inconsciente de la memoria colectiva [...] y la manera en que el presente los utiliza y los reconstruye [los recuerdos]” (Nora, 1998, p. 33).

Influenciada por el giro epistemológico en las ciencias sociales, que plantea una cierta heterodoxia en la producción de conocimiento y en la forma de construir los relatos sobre el mundo, esta generación estará dispuesta a situar la memoria en registros más flexibles y plásticos que le permitan interrogar el presente. Así, la intención de Nora será “regresar al hoy, para intentar comprenderlo mejor” (Allier, 2008b, p. 174). En su caso, ese regreso implica revisar la rápida desaparición o fractura de la memoria nacional francesa y, por ende, realizar un inventario sobre los lugares donde ella se había encarnado, y, a partir de ese dictamen, reescribir nuevamente la historia francesa.

Si bien para Nora ese vuelco hacia la memoria fue absolutamente revolucionario en la historia, generó también una serie de implicaciones epistemológicas que resuenan hasta el día de hoy en los estudios sociales sobre el pasado. Dos de ellas fueron: “la subversión y erosión del modelo clásico de conmemoración nacional [...] y su sustitución por un sistema [...] que supone una relación diferente con el pasado, más electiva que imperativa, abierta, plástica, viva” (Nora, 2008, p. 172), y “el desmoronamiento de la historia como mito portador del destino nacional” (Nora, 2009, p. 191). Con la primera se sustituía un viejo modelo de celebración, que descansaba en el orden, la jerarquía y la soberanía nacional, por un modelo más laico, democrático, plástico, construido desde abajo. Con la segunda se asistía a la desintegración de un marco unitario de explicación de la nación francesa y a la emergencia de múltiples memorias nacionales y colectivas.

Pero con ambos fenómenos se impuso también un uso totalmente diferente del pasado. El pasado, que antes era previsible y maestro de vida, resultaba ahora “imprevisible y caprichoso”, “pierde su carácter orgánico, perentorio y apremiante” (Nora, 2008, p. 176). El futuro, que antes estuvo amarrado a una utopía guiada por el ideal de la transformación del mundo, termina arrojándonos a las fosas de la incertidumbre.

El presente, que antes tenía la seguridad de las lecciones del pasado, y, en cierta medida, estaba subordinado a éste, ahora está escindido entre un pasado perdido y un porvenir nada claro. Más aún, el presente termina aparentemente como el gran vencedor, domesticando el pasado y el futuro, moldeándolos a su antojo. En este tipo de presente, la historia comienza a perder su carácter canónico.

El temor de muchos pensadores, entre ellos Koselleck, y que es también expresión de la sintomatología de los tiempos posmodernos, es que la historia deje totalmente de ser la narración de la experiencia acumulada y devenga sólo en la proyección de un relato de lo venidero o del presente (Ramírez, 2008). Pero más allá de que este temor sea o no válido, lo cierto es que el lugar que por tanto tiempo ocupó la historia como maestra de vida lo comenzaron a ocupar las memorias, que son las pedagogas del aquí y del ahora. Memorias manufacturadas, sofisticadas, construidas a la medida de nuestro tiempo, por diversos agentes e instituciones. Si bien el pasado y el futuro parecen desdibujarse y perder densidad en un presente oblicuo y permanente, es también el momento en el que con más fuerza quiere recuperarse su sentido; es por eso que opera una especie de giro hacia el pasado que, en esencia, es un giro hacia la “rememoración en busca de sus huellas” (Lechner y Güell, 2002, p. 65).

Este “clima de época” ha sido nombrado por algunos como emergencia de la “cultura de la memoria” (Reyes, 2009). Para algunos, será expresión de una era en la que se tiende en exceso a la “ideologización de la memoria” (Bensoussan, 1998). Para otros, será la consumación de un “presentismo”, un “rasgo de coyuntura” (Hartog, 2003; Hartog y Revel, 2002), caracterizado por un nuevo orden del tiempo y un nuevo régimen de historicidad (Koselleck, 1993). Lo sugestivo de esta última tesis es que conlleva la idea de ruptura del orden del tiempo histórico dotando de nuevas coordenadas temporales la orientación de la vida social. Desde la perspectiva de Koselleck (1993), antecedente teórico de esta tesis, una de las principales características de nuestro mundo moderno es que acelera la vida social al punto de abrir una brecha enorme entre el “espacio de la experiencia”, en el que el pasado era parte de la cotidianidad y del acervo acumulado, y el “horizonte de expectativas”, en el que el futuro estaba atado a la utopía (Koselleck, 1993). Al generarse esta brecha enorme en el mundo moderno, como dicen Lechner y Güell recogiendo la tesis de Koselleck, “las experiencias rápidamente devienen obsoletas, y las expectativas de futuro crecen más y más despegadas de la realidad presente” (2003, p. 64). La consecuencia directa es, según Hartog (2003), que en nuestro presente histórico parecemos vivir un mismo instante, una especie de “presente omnipresente”.

Esto, desde luego, va a tener hondas repercusiones para la historia y la memoria. La historia ya no puede “fijar la veracidad de los hechos (*pasados*), sino tratar de comprender el sentido del testimonio (*presente*), de sus silencios, de sus imprecisiones como una forma de construcción de la memoria” (Hartog, 2003; Rabotnikof, 2007a). La memoria, por su

parte, le toma la delantera a la historia, en una especie, para algunos, de “delirio presentista” o “instrumentalización del pasado”. Hartog (2003), Nora (2008) e incluso el mismo Todorov (2000) llegarán a afirmar que, sobre la base de este delirio, se termina abusando del pasado, en una especie de “bulimia conmemorativa” (el término es de Nora) producida por una memoria que “satura” y le rinde un “hiperculto” al testimonio, quizá con el único objetivo de conjurar sus fantasmas y sus culpas no saldadas (véase Rabotnikof, 2007a). La era moderna de la verdad histórica entra en crisis con la proliferación posmoderna de las narrativas testimoniales (véase Sarlo, 2005). La proliferación de estas narrativas, que desde luego es necesaria, conlleva también el riesgo de las diversas trampas del relato (véase Ricoeur, 2004). Una de esas trampas es desconocer el “hecho histórico”, subordinando toda la verdad histórica al relato, haciendo, en el peor de los casos, ideológicamente admisible cualquier relato sobre el pasado o cualquier narrativa testimonial, encubriendo con ello formas de dominación (véase Gómez-Muller, 2008)⁸.

Ahora bien, el presentismo podría ser asociado con eso que el crítico literario Andreas Huyssen (2002) ha llamado también un “giro cultural hacia el pasado”, caracterizado por la emergencia y revisión de las “memorias holocásticas”, que rápidamente desplazarán el acento en la función cohesiva de los marcos colectivos hacia el ámbito del “discurso global del dolor”, acompañado de una avalancha de “solicitudes públicas de perdones” agenciadas por autoridades nacionales y la creación de varios museos del horror en el mundo. El holocausto terminará convirtiéndose en la principal narrativa memorial de nuestro tiempo, en una especie de “tropos universal del trauma histórico”, en un “poderoso prisma a través del cual [se pueden] percibir otros genocidios” (Huyssen, 2002, pp. 17-18).

Una de las características centrales de este giro es que surge en un ambiente político y social marcado por la desconfianza, sospecha y crisis ante los grandes metarrelatos culturales y teóricos que habían sido propios del modernismo futurista y de una modernidad con pretensiones homogeneizantes y universalistas. Pero también es un giro cultural hacia el pasado que emerge bajo la impronta de la “recodificación del pasado”, no de cualquier pasado, sino de aquel silenciado, que hace eclosionar la culpa histórica de los europeos. Una de las consecuencias más sentidas de ese proceso, además del holocausto, será la recodificación del sentido de la colonización europea en África y Asia. Precisamente, ese giro va a tener una fuerte influencia sobre la disciplina histórica, en particular en Francia, donde la recuperación del pasado “va unid[a] a las interrogaciones sobre la nación, a las crisis de las identidades nacionales, a un reexamen de ciertos episodios del pasado nacional francés, pasados que habían estado ocultos o incompletamente historizados (como el periodo de Vichy o la guerra de Argelia)” (Allier, 2008b, p. 182).

8. Sobre este tema se puede consultar también Ginzburg (1991), Friedlander (1992) y Visacovsky (2007).

De todas formas, no debe olvidarse aquí que una de las principales improntas de esas memorias presentistas es su plasticidad para transformarse y dimensionarse en nuevas formas. Por ejemplo, además de unas memorias-trauma, también emergen las memorias-*marketing* y las memorias-museo. Este proceso estará acompañado de una mediatización comercial del recuerdo. El asunto es que ese “boom mediático” de las memorias presentistas conlleva también una enorme paradoja. Se recupera el pasado, pero también se celebra la amnesia. Se recupera una memoria imaginada, una memoria que se comercializa a gran escala y que se exhibe para ser comprada; una memoria que se digitaliza, pero a costa también de la memoria viva. La recuperación del pasado se realiza en función de un presente que parece alargado. El tema es que asistimos irremediabilmente a un momento histórico en el que resulta imposible recuperar y discutir la memoria personal o pública sin “contemplar la enorme influencia de los nuevos medios como vehículos de toda forma de memoria” (Huyssen, 2002, p. 25). Esa mediatización, desde luego, tiene una carga ideológica innegable, dado que “los medios no transportan la memoria pública con inocencia: la configuran en su estructura y en su forma mismas” (2002, p. 27).

Ahora bien, pese a las críticas válidas que puedan hacerse al presentismo de estas memorias, lo cierto es que el giro que ellas activan hacia el pasado conlleva también una especie de “antídoto” ante el miedo y el riesgo de olvidar. Este temor estaba presente en *Halbwachs* para Francia, y pareciera recurrente en Europa y Norteamérica, según las mismas palabras de Huyssen, al invocar cada vez más el pasado como “un baluarte que [...] les defiende del miedo a que las cosas devengan obsoletas y desaparezcan, un baluarte que les proteja de la profunda angustia que genera la velocidad del cambio y los horizontes del tiempo y espacio cada vez más estrecho” (2002, p. 32). Una memoria-muralla que les proteja ante la indiferencia por las cosas importantes y que les permita curar las heridas que esa indiferencia produce.

El riesgo es que esta memoria baluarte desencadene, en estas mismas sociedades, la fabricación de una “ilusión”, un cierto pasado que se invoque con añoranza, una especie de “pasado reciclado” que al recuperarse entretenga, pero que no dote de seguridad ontológica alguna. La búsqueda de un tipo de memoria de este tipo no sería más que un antídoto para conjurar la fragilidad y fugacidad de los lazos, a partir de la construcción de “comunidades de preocupaciones compartidas, ansiedades compartidas u odios compartidos” (Bauman, 2000, p. 42). De todas formas, la Europa contemporánea también se está enfrentando a sus pasados recientes de maneras densas y problemáticas; el caso más cercano es lo que está aconteciendo con España y su Ley de la Memoria Histórica, donde, a pesar de las políticas de olvido y silencio impuestas por la transición democrática, muchos españoles se resisten a que el recuerdo colectivo de sus víctimas sea un anatema nacional.

Sin situarnos de lleno en la discusión sobre la “dignidad” o “herejía” del presentismo, o sobre la perversidad de ese “síntoma de época”, es posible destacar el papel performativo del pasado recuperado en este escenario, que, aunque trasciende las mismas reflexiones que Halbwachs hizo para su época, vuelve sobre la idea de que el pasado conecta y cohesiona. Quiérase o no, asistimos hoy a un momento histórico donde no se recupera sólo un pasado frívolo, sino también aquel que sirve para enlazarnos intersubjetivamente. En esa medida, “ese pasado no sólo vive en los recuerdos íntimos y en la memoria de círculos restringidos, sino que es parte del recuerdo social e irrumpe periódicamente en la actualidad” (Dumon, 2007, p. 3).

Lo interesante es que el pasado recuperado puede ser usado de múltiples maneras en nuestro presente, de allí su funcionalidad y resignificación dependiendo del contexto histórico y las experiencias subjetivas. En unos casos, puede ser recuperado por las víctimas para evitar el olvido selectivo, aquel que es impuesto oficialmente o instrumentalizado políticamente. En otras situaciones, el pasado es recuperado por una nación, o por grupos subalternos, como “depósito de trauma”, como “archivo del dolor”, que les permite a mediano plazo administrar, tramitar y hacer inteligibles culpas, perdones y reconciliaciones (Castillejo, 2009). Quizá también el pasado reconstruido sirva, en el marco de un movimiento de reparaciones a escala internacional, para reparar moral, social y jurídicamente a los afectados históricos. En ese sentido, el pasado se judicializa y termina deviniendo en un instrumento de justicia (Juliá, 2006). También puede ser utilizado para “reconocer la vida presente y los proyectos futuros” (Jelin, 2002a, p. 69). O quizá, batallado para “discutir de nuevo, refundar o demoler la identidad misma de [nuestras naciones] y de nuestras democracias surgidas de aquellos hechos” (Portelli, 2003, p. 27).

3. La memoria como espacio de lucha

Es un hecho que la memoria colectiva genera cohesión y es producto del consenso. Este consenso no es sólo frente al objeto recordado, sino también frente a ciertos valores y aprendizajes que se recogen en el presente (Aguilar, 1996). No obstante, la memoria también es producto de la lucha y genera, a su vez, tensiones sociales y políticas. Esas dos caras de la memoria, consenso y lucha, están presentes tanto para las sociedades europeas como para las latinoamericanas. Lo que debemos reconocer es: ¿quiénes hacen uso de una u otra dimensión?; ¿en qué momento histórico?; ¿con qué finalidad política?, y ¿qué sentido adquiere la recuperación del pasado cuando se está del lado del consenso o del lado del conflicto memorial?

Una aproximación a estas dos caras de la memoria se encuentra en Aguilar (1996), quien ha mostrado que la memoria traumática de la Guerra Civil española fue instrumentalizada por el franquismo de los años sesenta para generar un diseño institucional que permitiera luego la transición y el pacto de olvido. De esa manera, se manufacturó oficialmente

en la sociedad española un consenso sobre la “brutalidad de la guerra”, los “excesos” que produjo y la necesidad de cerrar de “una vez por todas” las heridas del pasado. Sin embargo, hoy por hoy, esa memoria consensuada, ese “silencio estratégico”, ha explotado a raíz de la aprobación en el 2007 de la Ley de la Memoria Histórica, destinada a rendir justicia a las víctimas de la guerra y la dictadura, y a alcanzar una reconciliación nacional (véase De Antuñano, 2008; Ruiz, 2007).

En los contextos latinoamericanos, con pasados violentos traumáticos⁹ asociados a la presencia del terror sistemático de Estado, guerras civiles o conflictos armados internos, la memoria histórica también se ha construido sobre la base de consensos y luchas. Por ejemplo, durante los periodos dictatoriales en Brasil, Chile, Argentina, Uruguay y Guatemala, la memoria nacional se “monopolizó bajo un relato político dominante, donde ‘buenos’ y ‘malos’ estaban claramente identificados [...], la censura fue explícita y las memorias alternativas fueron subterráneas, prohibidas o clandestinas” (Barahona, Aguilar y González, 2002, p. 41). Pero con los procesos de transición se habilitaron ciertos espacios políticos y públicos para reconocer el trauma, para conmemorar a las víctimas, para visibilizar la parálisis y el silencio que hubo durante las dictaduras. Con las transiciones sobrevino “el tiempo de las víctimas y de los sobrevivientes” (véase Sánchez, 2008).

De todas formas, si bien la transición implicó nuevas lecturas del pasado, nuevas narrativas emblemáticas sobre lo que aconteció (Crenzel, 2008; Rabotnikof, 2007b), también provocó tensiones en viejas y nuevas generaciones de luchadores y mantenedores de las memorias en muchos países. La memoria consensuada de la transición se tornó problemática, se comenzó a ampliar, matizar, se recuperaron memorias silenciadas y subalternas que no habían emergido antes. Se dieron incluso nuevos sentidos a las formas de conmemoración de ciertos pasados “infelices” (Jelin, 2002b).

Ahora bien, reconociendo la importancia decisiva de esa doble dimensión que encierra la memoria, es posible destacar el gran impacto que puede tener para los procesos contemporáneos de reconstrucción de las memorias de pasados recientes violentos abordar la memoria como un espacio de lucha política. Es decir, la memoria es ante todo un campo de juego, donde diversos agentes e instituciones buscan dominar o subvertir la representación de ciertos pasados y legitimar su posición y condición de narración¹⁰. Uno de los principales capitales en juego es el poder de

9. En el caso de América Latina, es posible señalar que el pasado violento es y sigue siendo traumático, ya que genera exceso, transgresión e instrumentalización de la condición humana (véase LaCapra, 2005).

10. Por *campo* podemos entender aquí “una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones [...] que se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) y [...] por sus relaciones objetivas con

enunciación desde una condición o trayectoria social o política particular (la de la víctima, la del sobreviviente, la del testigo, la del gobierno, la de la organización de derechos humanos o la del juez, entre otros).

Este escenario se caracteriza por la presencia de una “economía general y una administración del pasado en el presente” (Pierre Nora, citado por Lavabre, 2007, p. 4). Un espacio que no es neutral, sino de posiciones en litigio y disenso¹¹ frente al olvido, el recuerdo, la reconciliación, la verdad, la justicia, el cierre de heridas, el deber de la memoria. Una de esas posiciones en disputa tiene que ver precisamente con la “lucha contra el olvido” tejida a favor del recuerdo para no repetir lo que pasó, especialmente para aquellos que no han entrado en los conteos tradicionales de las memorias oficiales. Sin embargo, las visiones, intereses y usos del pasado recordado pueden variar dentro de ese campo. Habrá quienes insistan en que una nación y sus víctimas lo que necesitan es recuperar una *memoria* y una *justicia ejemplar*, que englobe el reconocimiento de verdades y perdones responsabilizantes para todos los implicados en función de un presente reconciliador; habrá otros que insistan en que lo que se debe buscar es una *memoria literal* de sus víctimas, de los horrores sufridos, de la necesidad de juicios punitivos¹². Posiblemente, existan aquellos que defiendan como prioritario un “deber del olvido”.

La memoria es, en este sentido, un territorio donde la “lucha contra el olvido” o “contra el silencio” o también, llegado el caso, a favor de “ciertos olvidos” esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios recuerdos y olvidos). Un campo en el que coexisten “memorias contra memorias” (véase Bietti, 2009; Jelin, 2002a), un terreno donde no hay neutralidad ni puede haberla, donde los “actores sociales con diferentes vinculaciones con la experiencia pasada pugnan por afirmar la legitimidad de ‘su verdad’”¹³ (Jelin, 2002a, p. 40). Esto, desde luego, se vive en América Latina y también se ha vivido en Europa, aunque en este último continente también las luchas por la memoria tiendan por épocas a condensarse alrededor de la identidad, la memoria y el patrimonio (Nora, 2003). En América Latina, quizá la lucha se sitúe con más intensidad, por sus mismas historias nacionales, alrededor de visibilizar unos déficits memoriales impuestos, recuperar el sentido real de unos olvidos decretados oficialmente, destapar unas impunidades decretadas por la fuerza política, intelectual o militar de ciertos actores privilegiados en la historia de nuestros países. La lucha de América Latina aún continúa siendo por el derecho político a la resistencia memorial.

las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.)” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 64).

11. Utilizo la noción de *litigio* a partir de una lectura libre de Ranciere (2006).
12. Las nociones de *memoria ejemplar* y *memoria literal* son retomadas de Todorov (2000).
13. Los trabajos de Rousso (2001) y de Portelli (2003) hablan bien de estas luchas por el pasado.

Lo anterior implica también reconocer que en este continente no todos los actores y agentes han participado en la construcción memorial, muchos fueron subordinados y silenciados en esa tarea, y algunos pretendieron asumir su papel como reconstructores mesiánicos privilegiando una verdad de los hechos o una narrativa en particular. Algunas experiencias de recuperación y mantenimiento de la memoria y la verdad tampoco han sido debidamente reconocidas y legitimadas. Hoy por hoy, si existe alguna “obsesión memorial” latinoamericana, es precisamente por hacer de las diversas memorias —las de denuncia, elogio, resistencia, reconciliación, incluso las memorias negadoras, que de cuando en cuando adquieren notoriedad— instrumentos plurales de discusión pública y política, por hacer de ellas “una vena abierta” permanente, en contextos democráticos formales que se levantan sobre la imposición de olvidos manufacturados, lo cual genera unos enormes costos políticos y sociales, especialmente para las víctimas.

De hecho, mantener abiertas esas memorias ha sido y sigue siendo en América Latina un ejercicio de muchos sectores subalternos. Estos sectores reclaman espacio para su propia narrativa de la realidad y buscan resistir al olvido impuesto, a la clausura y exclusión de sus relatos. Ellos cuestionan las formas manufacturadas y consensuadas de imaginación, recreación y legitimación de ciertos pasados. Participan, además, como “motores o mantenedores” del recuerdo (Allier, 2009; Jelin, 2002a; Rabotnikof, 2007b), en cuanto reconstruyen y tramitan los hechos y narrativas de esos pasados violentos, pero también permiten la consolidación de una serie de “memorias emblemáticas” (Stern, 2002), es decir, unos relatos condensadores del pasado reciente, cuya principal función es garantizar intersubjetivamente, y con cierto grado de legitimidad social y política, la verdad, la justicia y la reparación para las víctimas.

La historia reciente de nuestras naciones nos enseña de todas formas que los ejercicios de lucha memorial siguen siendo un proyecto inacabado y complejo. Muchos países están avanzando en esta senda, generando lecciones y aprendizajes para los que apenas comienzan a recuperar y procesar en serio los procesos memoriales (piénsese, por ejemplo, en el caso colombiano). Uno de estos aprendizajes es que las memorias y las historias políticas de la represión y del terror que producen diversos actores políticos y sociales deben constantemente reactualizarse y pluralizarse, deben estar siempre abiertas al escrutinio, al debate, a la discusión pública; es más, la memoria debe historizarse continuamente para evitar ambigüedades y falta de coherencia, y la historia debe abrirse a las memorias con el fin de pluralizarse (véase Dumon, 2007).

Ese espacio de deliberación que debe ser el de la memoria y la verdad históricas lo será en cuanto permita producir una conjugación de sentidos y voces múltiples sobre qué tipo de olvidos, recuerdos y verdades se privilegian; en función de qué presentes; para quiénes se hace, y en función de qué futuros. En algunos países donde se ha profundizado la

lucha memorial (piénsese, por ejemplo, en el caso argentino), esto ha sido más evidente. En otros ha sido un proceso más difícil y lento.

Consideraciones finales

Retornar contemporáneamente a Maurice Halbwachs, en particular, a su visión del recuerdo para generar densidad nacional, puede resultar valioso para nuestros presentes de violencias y traumas reciclados. El imperativo del recuerdo colectivo podría convertirse en un dispositivo cohesionador.

En medio del ritmo frenético de la posmodernidad, que provoca olvidos fuertes o recuerdos frágiles, el reconocimiento de las huellas memoriales de nuestros pasados recientes puede resultar un imperativo y un antídoto, especialmente cuando vivimos en sociedades donde se tiende a acentuar la corrosión y banalización del sentido de la proximidad pública con el otro.

El asunto está en que no bastan sólo los marcos colectivos de las instituciones o de los grupos para garantizar el deber memorial. Se necesita la presencia de diversos agentes sociales y políticos que reclamen su papel legítimo como motores de la memoria. En ese sentido, si bien es importante reconocer el papel cohesionador del recuerdo, lo es también promover la memoria como un lugar para la resistencia contra los olvidos impuestos impunemente. Ese papel protagónico debe corresponderles a nuestras víctimas y sobrevivientes, pero, ante todo, a nosotros como ciudadanos.

Bibliografía

- Aguilar, P. (1996). *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- Allier, E. (2008a). Lugar de memoria: ¿un concepto para el análisis de las luchas memoriales? El caso de Uruguay y su pasado reciente. *Cuadernos del CLAEH*, 96-97, pp. 87-109.
- Allier, E. (2008b). Los lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. *Historia y Grafía*, 31, pp. 165-192.
- Allier, E. (2009). Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007. *Revista Mexicana de Sociología*, 71. 2, pp. 287-317.
- Aróstegui, Julio. (2004). *La historia vivida*. Madrid: Alianza.
- Barahona, A., Aguilar, P. y González, C. (eds.). (2002). *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Madrid: Istmo.
- Bastide, R. (1970). Mémoire collective et sociologie du bricolage. *L'Année Sociologique*, 21, pp. 65-108.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Becker, A. (2003). *Maurice Halbwachs, un intellectuel en guerres mondiales, 1914-1945*. Paris: Agnès Viento Éditions.
- Bensoussan, G. (1998). *Auschwitz en héritage? D'un bon usage de la mémoire*. Paris: Mille et Une Nuits.

- Bietti, L. M. (2009). Entre la cognición política y la cognición social: el discurso de la memoria colectiva en Argentina. *Discurso & Sociedad*, 3.1, pp. 44-89.
- Bloch, M. (1925). Mémoire collective, tradition et coutume. A propos d'un livre récent. *Revue de Synthèse Historique*, 40, pp. 73-83.
- Bourdieu, P. (1987). L'assassinat de Maurice Halbwachs. *La Liberté de L'esprit*, 16, pp. 161-168.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Castillejo Cuéllar, Alejandro. (2009). *Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Crenzel, E. (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Antuñano, E. (2008). Memoria de la Guerra Civil española. Una reflexión en torno al trasfondo y derivas de la Ley de la Memoria Histórica (tesis de licenciado). Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.
- Dumon, A. (2007). Liminar. Verdad y memoria: escribir la historia de nuestro tiempo. En Anne Pérotin-Dumon (ed.), *Historizar el pasado vivo en América Latina* (documento en línea) (pp. 1-149; consultado el 10 de marzo del 2009 en http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php).
- Durkheim, E. (2007). *La división del trabajo social*. México: Colofón.
- Farfán, R. (2008). Maurice Halbwachs y el deber (actual) de la memoria. *Revista Anthropos*, 218, pp. 55-67.
- Franco, M. y Levín, F. (comps.). (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Friedlander, S. (1992). *Probing the limits of representation. Nazism and the "final solution"*. Cambridge (MA), London: Harvard University Press.
- Ginzburg, C. (1991). *Il giudice e lo storico*. Torino: Einaudi.
- Girola, L. (2005). *Anomia e individualismo. Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*. Barcelona: Anthropos.
- Gómez-Muller, A. (2008). *La reconstrucción de Colombia. Escritos políticos*. Medellín: La Carreta Editores.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Halbwachs M. (2005). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Ediciones Universitarias de Zaragoza.
- Hartog, F. (2003). Órdenes del tiempo y Regímenes de Historicidad. *Historia y Grafía*, 21, pp. 73-101.
- Hartog, F. y Revel, J. (2002). Les usages politiques du passé. *Revue Française d'Anthropologie*, 165, pp. 319-354.
- Hunt, L. y Bonnel, V. (eds.). (1999). *Beyond the cultural turn*. Berkeley: University of California Press.
- Huyssen, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Impunity Watch y Convergencia por los Derechos Humanos. (2009). *La persistencia de la verdad: a diez años del informe de la CEH*. Guatemala: Impunity Watch.
- Jelin, E. (2002a). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E. (2002b). Los sentidos de la conmemoración. En E. Jelin (ed.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"* (pp. 245-251). Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E. (2006). ¿Víctimas, familiares o ciudadanos/as? Las luchas por la legitimidad de la palabra. En *Actas del II Congreso Internacional de Filosofía de la Historia "Reescrituras de la Memoria Social"*. Buenos Aires: Colegio Nacional de Buenos Aires.
- Juliá, S. (2006). Presentación. En S. Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo* (pp. 15-26). Madrid: Taurus.
- Koselleck, R. (1993). *Futuros perdidos. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia. Escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Larrión, J. (2008). El orden de la desmemoria. La condición social de la memoria fragmentada, las memorias combativas y la ignorancia de nuestro tiempo pasado. *Revista Anthropos*, 218, pp. 68-84.
- Lavabre, M. C. (2007). Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria. En Anne Pérotin-Dumon (ed.), *Historizar el pasado vivo en América Latina* (documento en línea) (pp. 1-13; consultado el 10 de marzo del 2009 en http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php).
- Lorenz, F. G. (2002). ¿De quién es el 24 de Marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976. En E. Jelin (ed.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"* (pp. 53-100). Madrid: Siglo XXI.
- Namer, G. (2004). Postfácio. En M. Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Nora, P. (1998). La aventura de Les Lieux de mémoire. En Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e Historia. Revista Ayer*. 32, 17-34.
- Nora, P. (2003). Préface. En A. Becker, *Maurice Halbwachs, un intellectuel en guerres mondiales, 1914-1945* (pp. 9-16). Paris: Agnès Viento Éditions.
- Nora, P. (2008). La era de la conmemoración. En *Les lieux de mémoire* (pp. 167-199). Montevideo: Trilce.
- Orozco, I. (2009). *Justicia transicional en tiempos del deber de memoria*. Bogotá: Temis / Universidad de los Andes.
- Portelli, A. (2003). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rabotnikof, N. (2007a). ¿Memoria presentista? Acerca de una tesis de François Hartog. En G. Waldman y M. Aguiluz, *Memorias (in) cognitivas: contiendas en la historia* (pp. 61-83). México: UNAM / CEIICH.
- Rabotnikof, N. (2007b). Memoria y política a treinta años del golpe. En C. Lida, H. Crespo y P. Yankelevich (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado* (pp. 259-282). México: El Colegio de México.
- Ranciere, J. (2006). *Política, policía y democracia*. Santiago de Chile: Lom.

- Revista Anthropos*, 218. (2008). Maurice Halbwachs. *La memoria colectiva, una categoría innovadora de la sociología actual*. Barcelona: Anthropos.
- Reyes, A. (2009). *Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma / FESCOL.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arce / Universidad Autónoma de Madrid.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2007). Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado. En Anne Pérotin-Dumon (ed.), *Historizar el pasado vivo en América Latina* (documento en línea) (pp. 1-27; consultado el 12 de junio del 2009 en http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php).
- Rouso, H. (2001). *Vichy: l'événement, la mémoire, l'histoire*. Paris: Gallimard.
- Ruiz, P. (2007). Los discursos de la memoria histórica en España. *Hispania Nova, Revista Historia Contemporánea*, 7 (consultado el 20 de febrero del 2010 en <http://hispanianova.rediris.es>).
- Sánchez, G. (2008). Tiempo de memorias y tiempo de víctimas. *Análisis Político*, 63, pp. 3-21.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Stern, S. (2002). De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998). En E. Jelin (ed.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"* (pp. 11-33). Madrid: Siglo XXI.
- Todorov T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Traverso, E. (2002). *El pasado, instrucciones de uso. Historia memoria y política*. Madrid: Paidós.
- Visacovsky, S. (2007). Cuando las sociedades conciben el pasado como memoria: un análisis sobre verdad histórica, justicia y prácticas sociales de narración a partir de un caso argentino. *Revista Antípoda*, 4, pp. 49-74.